

Protagonismo de lo liberal en el siglo XXI

MANUEL MUÑIZ VILLA

Al hablar de liberalismo parece necesario remitirse a Grecia. Son las ideas de Grecia las que siglos después convertirían a Europa en la cuna de los grandes movimientos humanistas y liberales. En la Grecia clásica se descubre el Logos, el Discurso, la secuencia entre causas y efectos y el protagonismo del hombre en la secuencia de esos hechos. La presencia histórica del hombre y su acción son parte del fenómeno político. Es en Grecia donde el pensamiento se descubre a sí mismo, y el hombre, como centro y origen de éste, comienza a cuestionarse el mundo. El término política ha sufrido una profunda transformación. Para Aristóteles es antropología, para el mundo romano es ley y derecho, para los siglos IV al XVI es la senda hacia lo bondadoso y divino. Seguidamente, asistimos a la secularización de la política junto a los intentos de dominio de la esfera religiosa por el poder político a través del absolutismo. Más adelante, se produce la absoluta secularización de la política y la independencia de ésta con respecto a la economía y la sociedad, hasta llegar a absoluta separación entre Sociedad y Estado. Es en este preciso momento, que podemos fechar con

exactitud en el ocaso del siglo XVIII, cuando nace la sociedad civil como contrapeso a las pretensiones públicas. Sociedad civil que será el motor de los grandes cambios sociales del siglo XVIII y XIX.

John Locke sienta las bases del liberalismo moderno. Propone que la soberanía emana del pueblo, que el Estado debe proteger los derechos de propiedad y las libertades individuales de los ciudadanos y que, anticipándose a Montesquieu, el poder legislativo y el judicial han de estar separados. Así, el rey está sometido a las leyes. El argumento a favor de la libertad individual descansa principalmente en el reconocimiento de la inevitable ignorancia de muchos de los factores que fundamentan el logro de nuestros fines y de nuestro bienestar. Este argumento, formulado por Locke, y recogido por Hayek en Los Fundamentos de la Libertad, será también utilizado por John Stuart Mill para enarbolar la bandera de la tolerancia. Aunque no nos demos cuenta, la casi mayoría de las instituciones de la libertad son adaptaciones a este hecho de la ignorancia para enfrentarse con probabilidades y no con certezas, pues estas últimas —en palabras de Hayek—

“no se pueden lograr en los negocios humanos”. Y es que el ser liberal pasa por asumir que no se está nunca en posesión de la verdad y que tanto unas opiniones como otras deben estar siempre en plano de igualdad.

Tocqueville intenta dar un paso más tratando de encontrar un equilibrio entre las libertades individuales y el orden colectivo, y nos habla de la libertad mediante la praxis. En su Democracia en América expone sin rodeos el dilema en que se encuentra el ciudadano, que por una parte quiere ser conducido y por otra quiere permanecer libre. Se imagina libre, pero renuncia a ejercer su libertad puesto que la deposita en un gobernante que actuará por él, el ciudadano vive “alquilado”, pues la “propiedad” de su libertad corresponde al dirigente. El análisis de Tocqueville tiene una clara inclinación social debido a que los dilemas que descubre surgen en un espacio interpersonal, pero su mirada se dirige a lo que ocurre en el individuo. Es tal vez Tocqueville el que marca el camino que seguirá el liberalismo del siglo XX que abandona sus raíces para convertirse en un nuevo movimiento: el liberalismo social.

En toda esta evolución, tanto histórica como doctrinal, se observa un denominador común evidente: la adquisición de derechos y libertades por parte del individuo. Cada era que transcurre el hombre europeo es más culto, más libre y, en definitiva, más Hombre. Cada nuevo hombre europeo eclipsa al anterior en cultura y vivencias. Hitos como la Revolución Gloriosa de 1688, la de la “Liberté, Égalité et Fraternité” de 1789 o “Ese cambio radical en los principios, opiniones, sentimientos y afectos de la gente que fue la auténtica Revolución Americana” son la piedra angular de esa tendencia liberal que subyace en toda nuestra historia. Al mirar atrás se observan también importantes momentos de oposición a las libertades individuales que fracasan estrepitosamente. Los absolutismos, el fascismo, el comunismo estalinista y un largo etcétera son movimientos que

pretenden negar la individualidad y especialidad de cada ser humano; desde su mezquindad y afán monolítico niegan la naturaleza misma del hombre que no es otra que la variedad, la complejidad y la necesidad de encontrar la propia felicidad. Ha sido ese desprecio a lo distinto, ese miedo a comprender los anhelos ajenos, el mayor lastre para el ser humano. Los grandes momentos de prosperidad de la historia se producen siempre en sociedades liberales, complejas y multiculturales; nunca exentas de problemas de convivencia, pero sí llenas de cultura y matices.

Hoy en día asistimos a la usurpación del liberalismo, a su desmembramiento y a su ocupación por ideologías que, en origen, nada tienen de liberales. El socialismo, que siempre se ha caracterizado por su negación de la capacidad del hombre para gobernar sus propios asuntos, hoy promulga una política social y moral de corte claramente liberal. La defensa de la libertad religiosa, con la separación Iglesia-Estado como eje principal, el apoyo a la libertad moral o la protección de la libertad científica han sido siempre bandera del liberalismo. En la actualidad parece que es la izquierda la que ostenta el monopolio sobre el progresismo en estas materias. Sin embargo, se da la paradoja que pese a opinar que los ciudadanos pueden decidir sobre multitud de cuestiones de gran importancia, como pueden ser el aborto, el consumo de drogas, la eutanasia o el contraer matrimonio con personas del mismo sexo, el socialismo entiende que no somos capaces de gestionar nuestra propia renta. Así que liberalismo social pero socialismo económico. Los conservadores por su parte, que han ejercido históricamente un petulante paternalismo moral sobre los ciudadanos, abrazan ahora las ideas económicas del liberalismo. Opinan, pues, que el hombre debe gestionar sus recursos libremente y que el Estado debe abstenerse de regular la vida económica, pero que la sociedad civil es demasiado inculta e irresponsable como para decidir sobre determinadas cuestiones sociales y

morales. El manejo de dichas cuestiones se deja en manos de los gobernantes sin justificarse de forma alguna su superioridad moral, ética o técnica. Así que liberalismo económico pero conservadurismo moral.

Existe sin embargo una tercera vía liberal. Que supone el verdadero centro de nuestro espectro político. Una vía liberal en lo social, en lo moral, en lo científico y en lo económico. Una ideología en la que el centro de todo planteamiento es el hombre y su capacidad para decidir sobre su futuro. Porque el hombre europeo del siglo XXI está plenamente capacitado para decidir sobre cuestiones tan dispares como la eutanasia, la legalización de las drogas, la experimentación con células madre, la conservación del medio ambiente o la gestión de su economía personal. Es ese término medio, esa ideología de centro, humanista y liberal, la que ha faltado en Europa y la que anhelan los jóvenes europeos.

En mi opinión, el Liberalismo del siglo XXI va acompañado de un fuerte sentimiento europeísta. Tenemos la firme creencia de que hay un tipo de patrón ideológico liberal exportado por Europa que reposa sobre los cimientos de unos valores, una cultura, un proyecto común. La idea de la integración europea desde sus inicios fue una empresa política antes que económica, “Europa no se hará de golpe, ni en bloque: se irá construyendo mediante realizaciones concretas que irán creando una solidaridad de hecho” —estas son las famosas palabras con las que comienza su Declaración Robert Schuman aquel histórico 9 de mayo de 1951 en el Salón del Reloj del Quai D’Orsay en París—. Para ello contamos con el inestimable valor que como motor impulsor constituyen los países del Este de Europa en su condición de economías pujantes, aprendices de errores pasados de la vieja Europa y conscientes de que sistemas anteriores están agotados. Son el baluarte del idealismo europeo.

Cabe decir que este nuevo milenio empieza con una revolución en marcha: la necesidad de un liberalismo social, que mitigue los efectos perniciosos de un liberalismo económico salvaje, un liberalismo que aprenda de errores pasados y que mire al futuro con esperanza y firmeza, un liberalismo enemigo de la opulencia pero defensor de la riqueza de espíritu, que se distinga por su tolerancia, que persiga siempre la sabiduría discuriendo por derroteros humanistas. La necesidad de un Movimiento Liberal Europeo que dé cabida a estas ideas y pretensiones.

El Siglo XXI comienza planteando grandes retos a Europa y a la humanidad. Probablemente, sin la virulencia de épocas anteriores, la actual esta cargada de injusticias y conflictos que deben abordarse con agilidad e inteligencia. Existen desde mi punto de vista cuatro grandes cuestiones que absorberán todo el protagonismo de los años venideros: la lucha contra la pobreza y las desigualdades sociales a nivel mundial, la conservación del medio ambiente, el progreso tecnológico y científico, y la revitalización de la política a todos los niveles.

Es francamente intolerable que el 90% de las riquezas del mundo estén en manos de menos del 10% de la población. Es indignante que en Occidente suframos la que es ya la mayor epidemia de la historia, la obesidad, mientras que más de 200 millones de niños padecen hambruna. Hubo una época en la que estas desigualdades se dieron dentro de nuestras propias sociedades. Hoy en día se dan a nivel mundial y ya no son clases o castas las que determinan el nivel de vida de un ser humano sino su nacionalidad o, mejor dicho, el hemisferio del mundo en el que se nace.

De esta lacra surgen otras que, con matices, pretenden erigirse como males autónomos pero que realmente derivan de la primera. El terrorismo islámico, por ejemplo, no es más que la evolución, casi natural, de la opresión económica y social a la que se ha sometido a todo el

Oriente Medio durante los últimos 100 años. Opresión ejercida desde Occidente y también por los propios líderes y gobernantes árabes. Cuesta mucho creer que una Palestina o un Irán próspero puedan ser cuna de terroristas suicidas; que la pobreza y la desesperación son el origen de todas las Intifadas no parece ser objeto de debate. El caso de Irán es particularmente emblemático si se recuerda que el esperanzador intento de modernizar el país que llevo a cabo el primer ministro Mossadeq fue abortado por EEUU. Pero la lista de despropósitos es mucho más larga. Basta con ver que una región que al final de la segunda guerra mundial sentía un profundo deseo de modernizarse y de aproximarse a Europa se ha convertido en cuna del conservadurismo religioso más radical. Debemos reflexionar sobre el porqué de este alejamiento y buscar sus causas aparte de atacar sus efectos.

Algo similar podría decirse de las grandes corrientes migratorias. Éste es ya uno de los grandes problemas sociales de Europa y tiene su origen en la pobreza extrema que padecen los inmigrantes en su país de origen. La necesidad de huir para buscar una vida mejor les empuja a trasladarse a países que desconocen por completo, cuyo idioma no hablan y sin ningún tipo de previsión. Occidente se ha visto claramente desbordado por esta riada humana a la que no le importa arriesgar su vida en el intento. Y una vez asentados en nuestros países se generan multitud de problemas de integración, como no podría ser de otra manera dadas las circunstancias que rodean todo el proceso. En muchos casos, los recién llegados no tienen otra alternativa que trabajar en condiciones infrahumanas o directamente delinquir.

Evidentemente la pobreza en el mundo es en sí, conceptual y filosóficamente, una vergüenza para todos los que la observamos y la permitimos. Ciertos grupos se han movilizadado en los últimos años para enfrentarse a ello y dedican sus horas a quemar Mc Donalds y cafeterías de Starbucks allí donde se

reúne el G-8 o la Organización Mundial de Comercio (OMC). Claro que se da la gran paradoja de que se asocian a movimientos socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas cuando son las políticas de éstos las que generan las grandes diferencias de riqueza en el mundo. Y es que el origen de prácticamente todos los males que derivan de la globalización es el proteccionismo que ha imperado en Europa y EEUU y que ha sido la bandera de la izquierda durante los últimos 40 años. Así, el socialismo con su política de tasas y subvenciones a la agricultura e industria europea impide que millones de pequeños empresarios y agricultores del tercer mundo nos exporten producto alguno. Les obligamos con nuestra política intervencionista, ejecutada e implementada a escala mundial a través de la OMC, a dedicarse a la subsistencia. El caso de la agricultura es particularmente sangrante no, sólo por los perniciosos efectos que tiene en terceros países, sino por el puro derroche de recursos que significa. ¿Cómo es posible que la Política Agraria Común (PAC) absorba más del 70% del presupuesto de la Unión Europea cuando sólo beneficia al 10% de su economía? ¿A dónde nos lleva la PAC? ¿Vamos a financiar ad infinitum un sector de la economía que es claramente ineficaz? ¿Por qué tiene que pagar más el consumidor europeo por sus alimentos? Lo que el mundo necesita y lo que la globalización demanda es más liberalismo. Que seamos más sinceros y más liberales. No es justo inundar el tercer mundo con nuestros productos manufacturados y a la vez impedir que nos exporten productos agrícolas. No es justo que impidamos que nuestros vecinos desarrollen precisamente el único sector en el que tienen una ventaja comparativa: el agrícola. Europa debe hacer esa concesión: condonar la deuda o enviar un 0,7% del PIB como ayuda al tercer mundo son gestos más mediáticos que de fondo. La verdadera cuestión y lo verdaderamente importante es decidir si de una vez por todas vamos a tratar en plano de igualdad al resto de los miembros de la comunidad internacional.

Y tal vez desde la igualdad encontremos en esos países a socios dispuestos a colaborar en otras materias, no solamente en las económicas y comerciales.

La conservación del medio ambiente se va a erigir como uno de los temas clave de la política mundial. Es cada día más evidente que no vivimos de manera sostenible. Cada vez son más las voces que hacen hincapié en el cambio climático y en la necesidad de tomar medidas inmediatamente. Hay dos cuestiones esenciales para abordar este problema. La primera es la educación y la concienciación social. Las sanciones y multas, como toda medida coercitiva, tienen una eficacia muy relativa y son fáciles de evadir. La educación y la asunción de responsabilidades por parte de todos son las únicas soluciones a largo plazo que se pueden plantear. Cada día se prima más a las empresas medioambientalmente responsables, aunque aún queda mucho camino por recorrer. Así mismo cada vez son más las familias que reciclan sus residuos o que controlan su consumo de agua. La segunda cuestión es la necesidad de asignar un valor económico a la biosfera. Es convertir la sostenibilidad en algo económicamente rentable. Ha sucedido con las energías renovables en España y puede generalizarse a todos los campos de la conservación del medio ambiente.

Con respecto al progreso tecnológico y científico, cabe decir que sólo bajo un sistema liberal se produce un verdadero avance. Ha quedado demostrado una y otra vez que aquellas sociedades en las que se deja mayor arbitrio a la iniciativa privada son las que más evolucionan y progresan tecnológicamente. El impacto de este avance en la vida de los ciudadanos es de tremenda importancia. Y en lo que se refiere a la vertiente económica del mismo repercute en la productividad y competitividad a nivel internacional. La Unión Europea se marcó como objetivo principal en los acuerdos de Lisboa el convertir Europa en el mercado más productivo y competitivo del mundo. Más de 6 años

después, esto no sólo no se ha conseguido, sino que se observa un claro retroceso en lo que se refiere a productividad. Cada vez somos menos competitivos y cada vez son menos atractivos nuestros productos para terceros países. Esto supondrá la pérdida de sectores enteros cuya producción se verá deslocalizada a la India, China o Indonesia.

Durante los últimos 20 años se ha venido produciendo una paulatina degradación de la vida política en Europa. Se ha “partidizado” hasta tal punto que los ciudadanos no se sienten representados en las instituciones públicas. El sistema continental de listas electorales impide el verdadero funcionamiento del parlamento y del senado; el poder se ha concentrado en manos de las directivas de los partidos y no en los electores de las distintas circunscripciones. El contacto entre representado y representante es escasísimo si no nulo. Consecuencia de todo ello es la escasa participación en las elecciones. Abstención que va en aumento en todos y cada uno de los países de la Unión Europea. Vivimos el cansancio de la democracia. Este descontento generalizado afecta particularmente a los jóvenes. Entre los jóvenes de hoy en día no se aprecia al político de carrera que pretende vivir de la política y que no tiene más experiencia que la política. En esa misma línea no comprendemos la política que sólo vive para la política y para la mera subsistencia del Estado.

Decía Ortega que el elemento esencial de una nación era que tuviese un “proyecto para el mañana”; la falta de ese proyecto es lo que lleva a nuestra política a la ataraxia, a la corrupción y al aburrimiento. A escala europea el problema se agrava, ya que Europa carece de proyecto; de hecho se podría decir que es en sí misma un gran proyecto sin destino. ¿Qué es la Unión Europea? Parece mentira que tras medio siglo de proyecto común seamos incapaces de responder a esa pregunta. Una vez más parece que Europa es la excusa necesaria para mantener a toda

una clase política en Bruselas que prácticamente no tiene contacto con los europeos de a pie. ¿Alguien sabe lo que hace un eurodiputado? ¡Pero si es que hay 734!

Otro hecho sorprendente de nuestra vida política es que desde la oposición se critican las carencias de nuestro sistema pero una vez en el poder se respetan todas y cada una de ellas. Hay ciertas reformas institucionales que urgen pero que nadie quiere llevar a cabo porque minan el poder de los partidos políticos y sobre todo del partido en el gobierno. Es indispensable reformar el Senado para que se convierta en una verdadera cámara de representación territorial. Es esencial independizar los medios de comunicación públicos porque el motivo de su existencia es precisamente para ofrecer a los ciudadanos una información independiente y veraz. Es así mismo importante que el tribunal Constitucional y la Fiscalía General del Estado recuperen la independencia y prestigio que le corresponde y que el parlamento se abstenga de interferir en el poder judicial a través del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ). Hemos visto en los últimos años cómo el ejecutivo extendía su poder a esferas que no le pertenecen y que dañan severamente los derechos y libertades de los ciudadanos y que atentan contra el modelo liberal que todos pactamos en el año 78. Solamente un partido que nazca con la única intención de hacer las cosas bien será capaz de realizar estas reformas; sólo una iniciativa altruista que no desee perpetuarse en el gobierno tendrá el valor de acabar con estas injerencias y abusos que de todos son conocidas pero a las que nadie se enfrenta.

Toda esta vulgarización de la vida política y de sus formas resulta en una carencia total de liderazgo. Exceptuando ciertas grandes figuras, como Juan Pablo II, Helmut Kohl o, inclusive, Lula Da Silva o Nestor Kirchner, el mundo carece de líderes carismáticos. De hecho, decía Kohl que el mundo ha perdido a sus estadistas y se ha saturado de políticos.

Es evidente que el motor del progreso ha sido históricamente la fe en el hombre. La fe en el individuo como motor del cambio y fuente de ideas. El liberalismo nos ha traído hasta aquí, aprendiendo de errores pasados y absorbiendo las aportaciones de otras ideologías que, pese a sus fracasos, contenían ideas revolucionarias. Pero ahora, en este nuevo siglo, la juventud añora un liderazgo idealista y con un proyecto ambicioso y humanista. Añoramos una nueva política sin contradicciones y transparente. Necesitamos con toda urgencia que la vida política tenga sentido, que nos dirijamos hacia alguna meta. Una meta tanto política como filosófica: el hombre debe también tener un sentido político. El mundo necesita que el día a día tenga sentido y que el futuro vuelva a ser apasionante. Y para eso hace falta un nuevo proyecto político, libre de ataduras y de compromisos. Y más allá del proyecto hace falta una ciudadanía, una juventud, valiente, que apoye dicho movimiento y que configure un nuevo y lejano horizonte para las generaciones venideras.